

# LA INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIA Y SU COMPROMISO CON UNA ECOLOGÍA INTEGRAL

*Hernán Muszalski*

Hernán Muszalski es licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina, “Santa María de los Buenos Aires”. Ha sido profesor en la carrera de Derecho de la misma universidad, como también en otras casas superiores de estudios argentinas. Ha participado como ponente en numerosos congresos internacionales de Filosofía y ha publicado artículos en revistas especializadas. Su ámbito de estudio es la Filosofía del conocimiento moral y la Gnoseología. Es, asimismo, alumno en el programa de doctorado del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma. En estos momentos es profesor investigador en la Universidad Católica San Pablo en Arequipa, Perú.

## 1. NECESIDAD DE UN NUEVO ENFOQUE

La doctrina de la Iglesia acerca de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente se ha desarrollado, sobre todo, en el último medio siglo, cuando la cuestión ecológica se ha hecho más urgente, a causa del creciente deterioro de la naturaleza por la acción humana. El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia sintetiza el pensamiento católico acerca de este asunto, dedicándole un capítulo especial a su tratamiento. Por otro lado, no son pocas las referencias de los últimos pontífices en torno al problema, tanto en el marco de los documentos magisteriales, como de intervenciones en diversos ámbitos académicos, políticos, culturales, etc.

En 2015, el papa Francisco ha dado a luz el primer documento de la Iglesia Católica referido específicamente a la cuestión medioambiental. Esta encíclica tiene el innegable mérito de poner la temática en una perspectiva más amplia, no circunscribiéndose únicamente al análisis de la situación de deterioro ecológico, sino más bien situándose en el punto de vista de la Creación como una “casa común”, de la cual los hombres tenemos que cuidar.

### Para la Iglesia, la cuestión ecológica resulta urgente en nuestros días.

La carta encíclica *Laudato Si* analiza los diversos aspectos del asunto: desde el punto de vista de la Sagrada Escritura, de las causas filosóficas y teológicas del fenómeno, de la espiritualidad cristiana, de la praxis humana a nivel individual y colectivo, y, también, desde el punto de vista moral. Por la evidente importancia que tiene para el mundo académico, nos centraremos aquí en el análisis de los supuestos filosóficos y teológicos de la ruptura de la relación entre el hombre y el mundo creado, presentes sobre todo en el capítulo tercero del documento, titulado “Raíz humana de la crisis ecológica”, que va desde los puntos 101 a 136. El Papa ha presentado allí las líneas fundamentales, por lo que nuestra intención es, sobre todo, resaltar algunos aspectos que están supuestos en su pensamiento y que, creemos, permiten adquirir una dimensión más clara del trasfondo doctrinal de la encíclica. Esto nos permitirá iluminar la cuestión del compromiso de la investigación universitaria con el cuidado de la “casa común”. Creemos que esclareciendo la esencia del problema medioambiental actual, podremos tener una idea de la contribución más específica de la universidad en este tema.

Lo primero que hay que decir a partir de una consideración general de la enseñanza del Papa y del Magisterio en torno a este punto es que, para la Iglesia, la cuestión ecológica resulta urgente en nuestros días. Por supuesto que el tema de la supervivencia de la humanidad no es algo nuevo; desde que el hombre ha puesto un pie sobre la tierra ha existido el peligro de las guerras, las enfermedades, las catástrofes, etc., que han hecho que este nunca olvide el carácter eminentemente

precario de su situación luego del primer pecado. Con todo, es un hecho que, en los últimos años, de alguna manera esta condición se ha revelado como algo alarmante, sobre todo por el hecho de que la posibilidad de la muerte masiva de la humanidad ya no viene explicada por meros desastres naturales, sino más bien por la propia acción del hombre sobre la naturaleza. Esta acción, a su vez, se revela como peligrosa principalmente en dos campos: el de la contaminación de la tierra, el agua y el aire con materiales de desecho y el del despedicio de los recursos naturales.

No podemos aquí detenernos en el análisis de las diversas perspectivas en torno a esta temática, que varían de las más alarmistas hasta las más optimistas. En realidad, el asunto del panorama que cabe esperar en el futuro puede analizarse a distintos niveles. Francisco, haciéndose eco del Magisterio anterior, por su parte entiende que la cuestión no puede resolverse sino desde un punto de vista antropológico y ético, tanto a nivel filosófico como teológico.

La expectativa llevada al límite en el hombre técnico-científico que confía ciegamente en sus propias capacidades de desarrollo y que hunde sus raíces en una visión del progreso humano de tipo ilustrado, se nos aparece como un camino que conduce al desastre. La esperanza de dar respuesta a este drama no parece, con todo, poder fundarse únicamente en la sola “preocupación pública” o en los movimientos masivos que crecientemente van adquiriendo conciencia del problema, sino que, por el contrario, se requiere más bien de un análisis claro y detallado de sus causas.

### La posibilidad de la muerte masiva de la humanidad ya no viene explicada por meros desastres naturales, sino más bien por la propia acción del hombre sobre la naturaleza.

En efecto, el sentimentalismo, unido a ciertas ideologías, no parece ser suficiente para tomar un rumbo opuesto al que ha emprendido el hombre contemporáneo. Por ejemplo, siendo que el progreso tecnológico, en alguna medida, nos ha conducido hasta este punto desesperado, no parece ser posible resolver el tema a partir de una renovada

confianza en la sola tecnología. Por el contrario, intentar resolver el drama a partir de la sola aplicación de nuevas técnicas podría, más bien, complicar el panorama. La misma confianza ciega en la acción del hombre, ciertamente, nos aparece más bien como la causa de esta grave situación, más que como su solución. Poniendo nuestra esperanza en la sola tecnología corremos el riesgo de perseguir siempre un ideal inalcanzable, haciendo que nos desviemos completamente del camino de la solución.

Pero tampoco parece prudente demonizar a la tecnología, como si ella, por sí misma, fuera responsable del deterioro ambiental. Dice Francisco a propósito de los progresos tecnológicos de los últimos siglos: «Es justo alegrarse ante estos avances, y entusiasmar-se frente a las amplias posibilidades que nos abren estas constantes novedades»<sup>1</sup>. Sin embargo, vemos que algunos católicos de buena voluntad en nuestros días sucumben ante la tentación de hacer de la tecnología un agente, en cierto sentido, separado del hombre como si la tecnología fuera de suyo capaz de producir un perjuicio, para luego culparla de la actual situación. El hecho es que muchos de los productos tecnológicos y, aun más, la mayoría de ellos no parecen ser causa del deterioro del medio ambiente. Mucha de la tecnología existente, en efecto, resulta muy poco o nada dañina. Por otro lado, la tecnología no es algo que haya aparecido solo en los últimos años, ni siquiera en los últimos siglos, sino que ha acompañado al hombre desde su origen. El hombre siempre buscó mediante la tecnología el dominio de las fuerzas naturales, para acomodarlas a sus necesidades: el hombre siempre fue “tecnológico” en algún grado.

Parece, por tanto, que debemos fijar nuestra mirada en el mismo hombre para intentar dar cuenta de las verdaderas causas de la actual situación. Francisco señala que «hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla»<sup>2</sup>. Ciertamente, la clave del problema, tal como lo plantea el Papa, está más bien en la relación entre el hombre y la naturaleza. A su vez, la comprensión de tal relación está íntimamente conectada con la concepción que el hombre tiene de sí mismo, de sus acciones y de sus productos, uno de los cuales es la tecnología.

Es preciso señalar algo que, a todas luces, resulta clave para entender esta problemática, y es el hecho de que, en nuestros días, los hom-

1 Francisco, *Laudato Si*, 102.

2 Allí mismo, 101.

bres tenemos una tendencia a considerar a la técnica como un fin en sí mismo, que solo se persigue por su propio valor. Ahora bien, es sabido que los medios, cuando se transforman en algo autónomo, desligados de los fines a los cuales se hayan dirigidos, se vuelven mortales. En este sentido, pensamos que existe en nuestra época un apego desmedido por la técnica, algo así como una afición casi patológica a conceder una autonomía absoluta a todos los medios tecnológicos. Francisco se refiere a esta actitud como un «paradigma tecnocrático que tiende a ejercer su dominio sobre la economía y la política»<sup>3</sup>. La técnica, de este modo, se transforma en un valor que reemplaza a los bienes que en otra época eran la base de nuestra civilización.

**Ciertamente, la clave del problema, tal como lo plantea el Papa, está más bien en la relación entre el hombre y la naturaleza. A su vez, la comprensión de tal relación está íntimamente conectada con la concepción que el hombre tiene de sí mismo, de sus acciones y de sus productos, uno de los cuales es la tecnología.**

Con esto pretendemos decir que el hombre actual se concentra más en los medios que en los fines. Como dijo alguna vez Chesterton, nuestra época ha inventado el altavoz, pero luego se dio cuenta de que no tenía nada que decir. Para el hombre moderno, en efecto, el progreso técnico es un ideal de perfección; por otro lado, permanece fuera de su horizonte la cuestión de los fines, propósitos y valores, a los cuales parece no querer asomarse para no confrontarse con la dolorosa realidad de su condición. El Papa ha expresado de manera muy lúcida esta situación con estas palabras: «Se tiende a creer que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de valores, como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico»<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Allí mismo, 109.

<sup>4</sup> Allí mismo, 105.

En resumen, pensamos que la cuestión ambiental no puede resolverse si no es enfocando adecuadamente el problema, considerándolo en su contexto: solo así se podrá reconocer de qué tipo de problema estamos hablando. Precisamente, Francisco es el primer pontífice que ha encarado esta tarea en su *Laudato Si*. Desde su punto de vista, el tema del deterioro progresivo del medio ambiente no se trata de un problema técnico, o de algo que se pueda resolver en el campo de la experiencia, como muchos de esos problemas que la sociedad tecnificada de nuestros días busca resolver con resuelta confianza en sus capacidades. En realidad, el problema es más grave de lo que parece. Se trata, en efecto, de una cuestión que tiene que ver con las relaciones profundas entre el hombre y la creación, con el trasfondo doctrinal en el que el hombre se halla inmerso y a partir del cual interpreta estas relaciones, que son causas de las acciones que emprende para solucionar el asunto.

## 2. VISIÓN CATÓLICA DE LA CREACIÓN MATERIAL

Como han visto muy bien el Santo Padre y el Magisterio, se trata, en última instancia, de un problema de índole religiosa. Esto mismo señalaba el papa emérito Benedicto XVI, hablando con sacerdotes y seminaristas en 2008:

«El consumo brutal de la creación comienza donde no está Dios, donde la materia es sólo material para nosotros, donde nosotros mismos somos las últimas instancias, donde el conjunto es simplemente una propiedad nuestra y el consumo es sólo para nosotros mismos. El derroche de la creación decía Benedicto comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros mismos; comienza donde no existe ya ninguna dimensión de la vida más allá de la muerte, donde en esta vida debemos acapararlo todo y poseer la vida de la forma más intensa posible, donde debemos poseer todo lo que es posible poseer»<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Benedicto XVI, Conversatorio con sacerdotes y seminaristas del seminario de la diócesis de Bolzano-Bressanone, 6 de agosto de 2008.

En efecto, lo que el hombre hace con el medio ambiente depende en gran medida de lo que piensa de sí mismo en relación con las cosas que lo circundan. Esta consideración depende, a su vez, de las convicciones acerca de la naturaleza humana y de la realidad y, en definitiva, del fin del hombre en esta tierra. Ciertamente, al poner en consideración el objetivo de la técnica — como también de los demás medios de que dispone el hombre para dominar la creación —, nos situamos en el terreno de los fines humanos y, por tanto, de la relación del hombre con Dios.

**En efecto, lo que el hombre hace con el medio ambiente depende en gran medida de lo que piensa de sí mismo en relación con las cosas que lo circundan.**

Ahora bien, el hombre actual no se halla muy cómodo en estas cuestiones acerca del fundamento último y, por lo general, tiende a rehuirlas. De ahí que Francisco señale muy atinadamente que «el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia»<sup>6</sup>. De esta carencia en cuanto a la cuestión del fundamento, se sigue que el hombre se incline a menudo a considerar el problema ecológico como un tema exclusivamente técnico o, incluso, de índole política. Como ha expresado de manera brillante Christopher Derrick, plantear el asunto del deterioro ecológico en términos de “qué podemos hacer”, es ya adoptar una perspectiva activista, como si la situación debiera ser afrontada a partir de la acción exterior del hombre: el problema, desde este punto de vista, encuentra su solución únicamente en el campo de la acción política o técnica. Así, surge la idea de que colectivamente podremos “dominar” la situación<sup>7</sup>. La Iglesia Católica, en cambio, se sitúa en una perspectiva diversa: el activismo actual no es la solución sino, al contrario, la causa del problema.

Debemos ante todo esclarecer el trasfondo sobre el cual se ubica esta doctrina de la Iglesia sobre las relaciones entre el hombre y la

<sup>6</sup> Francisco, *Laudato Si*, 105.

<sup>7</sup> Véase Christopher Derrick, *La creación delicada: una contribución cultural contra la destrucción del ambiente*, Encuentro, Madrid 1987, pp. 30-31.

creación material. Para el cristianismo, el mundo material no es obra de un demonio o de un espíritu rebelde, visión maniquea que no solamente tuvo su importancia en la historia de la Iglesia, sino que también continuó presente en muchos católicos durante el transcurso de los siglos, hasta la actualidad. En efecto, no son pocas las personas de buena voluntad que, en la actualidad, ven con recelo la creación material, como si se tratara de algo opuesto a la nobleza y perfección de las cosas espirituales.

En segundo lugar, está la posición de aquellos que, aun cuando no rechacen el mundo material, conservan ante él un especial desinterés, como si la naturaleza no tuviera con el hombre ninguna relación. Desde este punto de vista, la creación material no tendría un sentido profundo, y de ahí que pueda ser considerada como el resultado de una evolución automática o mecánica, que sigue el dictamen ciego de las fuerzas naturales. Estos que así piensan suelen adoptar, de manera coherente, una actitud neutral o, más aún, de indiferencia ante la cuestión ambiental, como si la naturaleza física fuera algo que no es ni bueno ni malo en sí mismo.

En oposición ante estas dos posibles actitudes, el cristianismo sostiene, en cambio, que el mundo es obra de un Creador infinitamente bueno, que ha querido hacer de tal creación una propiedad suya. Por otra parte, Él ha dispuesto que sea el hombre quien permanezca al cuidado de este mundo, por lo cual debe tener para con tal magna obra una actitud de respeto, de cuidado y hasta de veneración. La Sagrada Escritura, en efecto, desde su comienzo hasta su final confirma esta visión. Mientras, por un lado, el Génesis se abre con la enfática afirmación de que Dios ha creado todas las cosas, encontrándolas positivamente buenas, en el Apocalipsis se nos dice: «Tú has creado el universo; por tu voluntad existe y fue creado»<sup>8</sup>.

El citado Christopher Derrick acierta al recordar a Jean Guitton en su libro sobre los concilios de la Iglesia cuando, comentando la cosmovisión hebrea acerca del mundo material, señala:

«En un sentido secundario [las cosas] fueron hechas para el hombre; pero el hombre, señor de la creación de manera limitada, sigue siendo parte de ellas; materialmente unido al polvo de la tierra, unido al resto de la creación al servicio de un objetivo increado, que existe para el placer de Dios y posee, por tanto, una cualidad de bondad inherente y ma-

<sup>8</sup> Ap 4, 11.



ravillosa. Todas las cosas son sagradas, incluidos nosotros. En todo el Antiguo Testamento, pero especialmente en los Salmos y en el Libro de Job continúa Guitton, esta voz resuena una y otra vez una voz de gozo y celebración ante la grandeza del Creador y la bondad y santidad de las obras visibles: un sentimiento que une a cada ser, a cada acontecimiento con Dios, sin milagros y de un modo natural, de forma que para un hebreo todas las cosas son sagradas, todas son sacramento»<sup>9</sup>.

Este entusiasmo ante la bondad de la creación de Dios, que era la consecuencia lógica y natural del monoteísmo hebraico, ha sido heredado en su substancia por el cristianismo.

**El cristianismo sostiene, en cambio, que el mundo es obra de un Creador infinitamente bueno, que ha querido hacer de tal creación una propiedad suya. Él ha dispuesto que sea el hombre quien permanezca al cuidado de este mundo, por lo cual debe tener para con tal magna obra una actitud de respeto, de cuidado y hasta de veneración.**

Es un hecho que la teología católica nunca ha dudado de esta doctrina. En efecto, expresa San Agustín quien conoció de cerca el maniqueísmo que el mal, en el sentido metafísico, es únicamente privación de bien. Santo Tomás de Aquino, por su parte, varios siglos después, explícitamente enseña que Dios, al crear el mundo, tuvo como propósito la comunicación de su Bondad; y que el ser por sí mismo es bueno, en cuanto participa de la Bondad Infinita del Creador. Además, esta idea ya se encuentra presente en el patrimonio filosófico de los autores paganos clásicos. Aristóteles señala que «el Bien se dice de tantas maneras como el Ser»<sup>10</sup>; para Platón, por otra parte, la divinidad creó el mundo por pura bondad; el mismo estoicismo

<sup>9</sup> Jean Guitton, *Great heresies and Church councils*, The Harvill Press, Londres 1965, en Christopher Derrick, ob. cit., pp. 37-38.

<sup>10</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1096 a19.

equiparó el universo con la perfección divina. De hecho, esta idea ya se encuentra comprendida en la palabra griega *cosmos*. En suma, la concepción del universo como algo bueno es una de las herencias fundamentales de nuestra tradición occidental.

### 3. RUPTURA DEL HOMBRE CON LA CREACIÓN

Ante esta cosmovisión, con todo, surge confrontada la triste realidad de un mundo que aparece hostil, que enferma progresivamente y parece desentenderse del gobierno del hombre. La cuestión de la degradación del mundo material, en efecto, es tanto o más patente hoy en día como la de la degradación moral del ser humano. Ambas se encuentran evidentemente emparentadas, y de hecho de ambas se vale el agnóstico o el ateo para atacar la visión cristiana de un mundo naturalmente bueno, procedente de una Bondad increada.

Es en este punto donde surge la tentación de explicar las cosas a partir de las alternativas antes mencionadas. De hecho, vemos en nuestros días una tendencia en muchas personas a volver a una explicación de la realidad cercana a las filosofías orientales. En la tradición del oriente asiático, en efecto, a menudo el hombre ha tendido a considerar el universo visible como ilusorio, insignificante o malvado, y a ver la presente condición humana como intrínsecamente infeliz o, en cierta medida, funesta y desgraciada. La materia, para estas filosofías, es intrínsecamente mala; la bondad solo atañe al espíritu, y la tarea religiosa consiste en el trascender este mundo, ayudando al espíritu a elevarse por encima de su deshonor y contaminación material.

El hecho es que esta tentación siempre estará presente si no se completa la doctrina cristiana de la bondad del mundo material con la doctrina del pecado original. Sin este dato fundamental, en efecto, resulta estéril todo discurso sobre la bondad ontológica del ser. Hay en la acción humana siempre un elemento de negatividad; el hombre encuentra dificultades para dominar la naturaleza, que no siempre aparece sumisa ante sus manos. Por ello, aun cuando la doctrina del pecado original resulte difícil de aceptar para un mundo tan acostumbrado a concebir el progreso humano como algo indefinido, aparece a los ojos de los cristianos preocupados por la cuestión ambiental con una actualidad irrefutable.

El cristianismo con su enseñanza acerca del primer pecado del hombre, siempre ha sido consciente de las limitaciones de la condición humana; por ello, siempre ha concebido a este mundo como un destierro y ha fijado sus ojos en la eternidad. Pero, en contraposición a ello, ha manifestado también nuestra continuidad con la realidad creada. El hombre forma parte de este mundo y no es extraño a él; modelado del barro de la tierra, se halla en un punto intermedio entre la creación material y las criaturas puramente espirituales. El desarrollo metafísico de esta idea está presente en las obras de Aristóteles, pero principalmente en la concepción medieval de la continuidad de los seres, sobre todo en Dionisio<sup>11</sup> y en sus comentaristas posteriores, como santo Tomás de Aquino. El hombre medieval, por ejemplo, tiene clara conciencia de la realidad del pecado original y está sujeto a muchas dificultades terrenas; sin embargo, se muestra optimista en su filosofía, en su arte y en su modo de vivir, porque posee un radical sentido de pertenencia a este mundo, que es reflejo de la Bondad infinita.

Nuestra época, en cambio, en gran medida tiene una visión pesimista del mundo material; el hombre contemporáneo se siente preso de fuerzas que lo subyugan y quisiera liberarse de las ataduras que le impone la materia. Como ha notado agudamente Christopher Derrick, la teoría evolucionista no nos ha librado de esta sensación de extrañamiento ante el mundo material, sino que, por el contrario, nos ha sumergido más profundamente en ella. Pues, si bien Darwin afirmó sin rodeos la continuidad del mundo material, terminó por aceptar la idea filosófica del “proceso”, de modo que, lejanos ya de las piedras, los árboles y los animales, debemos contentarnos los hombres con ser un “simio evolucionado”, que dejó atrás lo que lo unía con el resto de los vivientes. Dice Derrick acerca del darwinismo: «el mensaje recibido no fue tanto nuestra unidad y continuidad con las bestias, sino más bien el hecho de que las hemos dejado atrás, moviéndonos hacia esta extraña soledad que tanto nos cuesta soportar ahora»<sup>12</sup>.

Esta concepción actual de radical división entre el hombre y la creación puede rastrearse, también, en ciertas concepciones filosófi-

11 Es conocida la doctrina dionisiana de la continuidad ontológica de los seres, según la cual «lo inferior de lo superior alcanza lo superior de lo inferior». De este modo, el hombre con su capacidad de entender y amar libremente alcanza, en alguna medida, el límite de los espíritus puros, al tiempo que no deja de estar inmerso en el mundo material a causa de su inherente corporeidad.

12 Christopher Derrick, ob. cit., p. 77.

cas y científicas modernas. Es un hecho, por ejemplo, que el moderno método científico ha hecho surgir una distancia infranqueable entre la observación humana y la materia que es objeto de esa observación. Hay en esta nueva lógica una discontinuidad pronunciada entre el yo y su entorno, desalentando el tradicional sentido humano de parentesco con la creación. La cosmovisión mecanicista, íntimamente relacionada con esta idea, ha hecho de la naturaleza un objeto muerto, algo que debe ser examinado por medio de una cuidadosa disección en una mesa de laboratorio. Un objeto, en definitiva, con el cual el hombre nada tiene en común.

**Relegada la religión al ámbito exclusivamente privado, surge un nuevo modo de relacionarse con Dios y las criaturas, a partir del cual los medios tecnológicos se transforman en un enorme ataque a la naturaleza, pues estos no se encuentran ya dirigidos hacia las verdaderas necesidades humanas, sino que su uso se justifica por sí mismo.**

Esta reducción de la realidad, como ha notado Derrick, ha tenido un éxito enorme a un bajo costo durante varios siglos, pero en nuestra época se está revelando como equivocada. La revolución científica, en efecto, trajo consigo una despersonalización y una desacralización de la naturaleza. Pues, aun cuando hayamos ganado mucho en un tipo de conocimiento altamente especializado, es un hecho que hemos perdido en igual o mayor medida otros conocimientos<sup>13</sup>.

Es preciso explicarnos en este punto. El hombre actual se siente alienado en medio de una creación que percibe como ajena. No es que el hombre actual considere radicalmente mala a la materia, como sucedía con los maniqueos del tiempo de San Agustín, sino que le causa más bien una fría indiferencia, y por ello elige la neutralidad como actitud ante lo creado. La desesperación actual proviene del hecho de que el hombre ya no capta el sentido profundo de las cosas; estas ya no le importan ni para bien ni para mal, sino que, simplemente, no le

---

<sup>13</sup> Véase Christopher Derrick, ob. cit., p. 80.

importan en absoluto o, quizás, únicamente para instrumentalizarlas y someterlas a sus necesidades y caprichos. En resumen, el hombre de nuestros días se siente en guerra con su entorno, como atrapado en un mundo hostil. Esto es coherente con su particular concepción religiosa de índole teísta, en la que Dios no es simplemente alguien inexistente — de hecho, el ateísmo radical sigue siendo, aun hoy, un fenómeno marginal —, sino más bien alguien distante que debe ser tolerado en la medida en que no interrumpa el normal desarrollo de nuestras vidas.

Relegada la religión al ámbito exclusivamente privado, surge un nuevo modo de relacionarse con Dios y las criaturas, a partir del cual los medios tecnológicos se transforman en un enorme ataque a la naturaleza, pues estos no se encuentran ya dirigidos hacia las verdaderas necesidades humanas, sino que su uso se justifica por sí mismo. Desde la última revolución industrial, este ataque al mundo material ha sido la tarea principal y más importante de la sociedad humana, desarrollada bajo el pretexto del “progreso”. Francisco da cuenta de este drama con palabras muy elocuentes:

«La intervención humana en la naturaleza siempre ha acontecido, pero durante mucho tiempo tuvo la característica de acompañar, de plegarse a las posibilidades que ofrecen las cosas mismas. Se trataba de recibir lo que la realidad natural de suyo permite, como tendiendo la mano. En cambio, ahora lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante. Por eso concluye el Santo Padre , el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados»<sup>14</sup>.

El deterioro causado por esta actitud del hombre actual no debería sorprendernos, pues es el resultado obvio de rechazar el orden creado — el cosmos —, que implica, en última instancia, rechazar nuestra propia misión en la Tierra y nuestro estrecho vínculo con todos los seres.

Desde que el problema ambiental ha sido puesto en el foco del interés público, es un lugar común acusar a los gobiernos nacionales y a los órganos políticos internacionales por su supuesta inacción, al tiempo que se pide mayor uso de la tecnología para controlar el

<sup>14</sup> Francisco, *Laudato Si*, 106.

desastre. La realidad es que ninguna acción concreta puede resultar eficaz si no se atacan las causas profundas del problema, que, como queremos hacer notar aquí, están más en el plano de las ideas, las actitudes y las creencias.

#### 4. MISIÓN DE LA INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIA

Es evidente, por tanto, que en lo que respecta a estas cuestiones más fundamentales existe en estos momentos poco acuerdo, lo cual es consecuencia de la desorientación actual en materia religiosa. Resulta un hecho, en efecto, que en nuestros días muy pocas personas reconocen las causas filosóficas, teológicas y espirituales que están detrás del problema del medio ambiente y de la adoración de la técnica. El papa Francisco, con todo, insiste en la necesidad de identificar y atacar estas causas profundas, pues de otro modo el hombre no hallará el camino para salir de esta desesperante situación. En este sentido, es tarea de cada uno revisar las propias creencias y actitudes de fondo, tarea que tiene prioridad sobre cualquier otra acción exterior que podamos emprender.

No obstante, es misión propia de los intelectuales cristianos mostrar al dilema ambiental como un síntoma de problemas más fundamentales, estableciendo las raíces históricas, culturales, espirituales y, sobre todo, filosóficas y teológicas de la cuestión. Especialmente, es tarea de la universidad católica propiciar e impulsar los estudios acerca de lo que Max Scheler denominó “el puesto del hombre en el cosmos”, lo cual implica, a su vez, una reflexión profunda acerca del último fin del hombre y de su relación con Dios. Se debe emprender la tarea de explicitar con claridad las verdades contenidas en la Tradición cristiana y en la Sagrada Escritura, en las cuales se halla en germen la respuesta a la problemática de la degradación de la naturaleza material.

Dicha labor intelectual de la universidad y de los intelectuales que la integran, es aún más urgente y necesaria que cualquier acción exterior, cuyos resultados, desconectados de un trasfondo doctrinal sólido, serán siempre inciertos o, incluso, contraproducentes. La universidad, sobre todo la universidad católica, si quiere ser consecuente con su naturaleza y misión, debe centrarse en las cuestiones de fondo. De este modo, su aporte a la solución del problema medioambiental,

no limitándose únicamente al terreno de los fenómenos, adquirirá un valor mucho más definitivo y duradero.

No negamos la importancia de emprender acciones que, emanando de algunos órganos específicos de la institución universitaria, puedan atacar inmediatamente la problemática. En algunos casos, la rápida intervención, incluso, a nivel práctico de la universidad puede ser necesaria, sobre todo cuando las acciones de los gobiernos o de otros organismos aparecen limitadas o directamente ineficaces. También resulta relevante la investigación universitaria en las áreas propias de las ciencias auxiliares, que toman sus principios de la filosofía y de la teología. La adopción, por ejemplo, de una perspectiva de análisis sociológica resulta de suma importancia, pues permite esclarecer con mayor precisión el vínculo estrecho entre el deterioro del medio ambiente y la problemática social.

**Es misión propia de los intelectuales cristianos  
mostrar al dilema ambiental como un síntoma de  
problemas más fundamentales, estableciendo las  
raíces históricas, culturales, espirituales y, sobre todo,  
filosóficas y teológicas de la cuestión.**

Sin embargo, se debe tener en cuenta que estas acciones serán siempre estériles si no se las ubica dentro de una acción más profunda y trascendente, que ataque las verdaderas causas del problema. Siendo la filosofía y la teología las disciplinas rectoras sobre las cuales se funda todo saber humano, y sobre las cuales se fundamenta, en última instancia, toda la labor universitaria, su cultivo aparece como estrictamente necesario, si se quiere colaborar en la resolución de problemas eminentemente humanos, como es el de la ecología. Creemos que una ecología “integral” no puede concebirse al margen del desarrollo de estas disciplinas. De ahí que la universidad, lugar privilegiado para la reflexión acerca de las cuestiones últimas, tenga en la temática del medio ambiente una palabra que decir y, más aún, una tarea trascendente que cumplir. En definitiva pensamos que, solo atendiendo a las cuestiones fundamentales, la universidad podrá responder al llamado que nos hace el Papa en su *Laudato Si* .